

El fiat de María¹

1. Acabamos de escuchar una de las páginas más densas y significativas de la Escritura y de toda la historia de la salvación². San Lucas nos presenta la Anunciación como un diálogo sencillo y entrañable, pero de una trascendencia indescriptible. En algún rincón de la casa de María en Nazaret, tal vez al final de la tarde, se presenta un luminoso personaje enviado del Cielo. Sin mayor preámbulo, comunica su embajada a aquella joven adolescente con toda precisión: eres la llena de gracia, por medio del Espíritu Santo concebirás y darás a luz un hijo, será llamado Hijo del Altísimo, tu prima Isabel también va a dar a luz... María escucha con atención y llena de asombro todo aquello. Pregunta lo que le parece pertinente y, finalmente, se pone por completo en las manos de Dios.

No era nada fácil ni comprender el mensaje ni aceptarlo. San Bernardo, en una famosa predicación sobre esta escena, intuye la perplejidad de la Virgen y se siente movido a confortarla y urgirla: *Se pone en tus manos –le dice- el precio de nuestra salvación (...). Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel, o, mejor, al Señor por medio del ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra (...). Abre Virgen santa, tu corazón a la fe, tus labios al consentimiento, tu seno al Creador. Mira que el deseado de todas las naciones ‘está junto a tu puerta y llama’ (...). Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por el amor, abre por el consentimiento³.*

Y, en efecto, María responde con una sencillez encantadora: *Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho* (Lucas 1, 38). Así, con toda naturalidad, se realiza el grandioso misterio de la Encarnación del Verbo. El Hijo Unigénito del Padre, sin dejar de ser Dios, a partir de ese momento, empieza a ser Hombre. La tradición occidental cristiana ha atesorado y sintetizado todo esto en un solo término: *fiat*. San Josemaría, conmovido, expresaba: *¡Oh Madre, Madre! Con esa palabra tuya –fiat- nos ha hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. –Bendita seas⁴.*

2. Guardadas las proporciones, es bueno no olvidar que también nosotros estamos llamados a colaborar con el plan de la salvación. También para nosotros el Señor tiene un proyecto concreto que debemos conocer, asimilar y secundar con la mayor fidelidad de que seamos capaces. Y, para conseguirlo, nada mejor que meditar esta página del Evangelio.

Que inspirados en Nuestra Señora ofrezcamos a Dios nuestra modesta contribución, nuestro *fiat* a la tarea de llevar la redención de Cristo a atribulada y confundida generación contemporánea. No olvidemos que también hoy, aquí, entre nosotros, tiene que brillar la luz de Cristo. La corona de Adviento hoy encendida por completo nos lo recuerda plásticamente. Hay abundante oscuridad en la vida de muchos hermanos nuestros en la fe. Y nosotros, como alguna vez dijo Benedicto XVI, tenemos que ser un pino de Navidad que dé un poco de luz y de alegría a nuestro alrededor.

¹ Cuarto domingo de Adviento, B.

² Evangelio: *Lucas*, 1, 26-38.

³ SAN BERNARDO, Homilía recogida en la Liturgia de las Horas, 20 de diciembre.

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 512.

3. Lo haremos si no nos separamos de Cristo en la Eucaristía. Si recibimos con frecuencia y con mucha fe a Jesús sacramentado. En la última de sus encíclicas, san Juan Pablo II proponía una sugerente comparación: *Hay una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió por obra del Espíritu Santo era el Hijo de Dios* (cfr. Lucas 1, 30.35). *En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino*⁵.

Diciendo con el mayor fervor ese *amén* cada vez que recibamos al Señor en la Comunión, luego lo podremos repetir a lo largo del día en el cumplimiento de nuestros deberes ordinarios. De tal modo que la suave luz de Cristo ilumine nuestra vida y las de quien Él quiera poner en nuestro camino. *Amén*, así sea, *fiat*.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 24 de diciembre de 2017.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 55.